

Mujer, jubilación y ocio

Raquel Malla

Universidad del País
Vasco

Introducción

Para abordar este tema es necesario establecer, desde el principio, una distinción entre los dos aspectos: La jubilación y el ocio. Veremos someramente cómo afecta la situación de jubilación a las mujeres y, finalmente, las formas de ocio más habituales entre nosotras.

Jubilación

Podemos afirmar que, en general, la jubilación supone una ruptura en la vida de los individuos. Se pasa de una forma de vida centrada en el trabajo que ha sido la preponderante durante toda la etapa adulta, a otra nueva que anuncia el comienzo de la vejez y que exige a los individuos no pocas adaptaciones de su vida cotidiana, sus expectativas y su autodefinición.

Al tratar este tema en relación con las mujeres, nos planteamos dos posibles situaciones: la propia jubilación y la de la pareja. Ambas afectan a las mujeres, a algunas sólo la propia o la del cónyuge, a otras, ambas de forma simultánea o consecutiva.

La jubilación propia

Tradicionalmente se ha considerado que la jubilación afectaba de forma más suave a las mujeres que a los hombres, de hecho se ha sostenido (y hay quien sostiene en la actualidad) que en la mujer no se producen -o muy suavemente- los efectos negativos de la jubilación puesto que son amas de casa, sea como actividad principal o como pluriempleo (doble jornada laboral) y del trabajo de ama de casa no se jubila la mujer hasta la incapacidad o la muerte.

En las últimas dos décadas se han ido haciendo públicos los resultados de algunas investigaciones que

muestran como las mujeres que han estado casadas (viudas o separadas) tienen más problemas que los hombres para adaptarse a su propia jubilación (Atchley, 1976; Szinovacz, 1982) o que las mujeres solteras tienen menos probabilidades de encontrar problemas en la transición a la jubilación, que las casadas (Beck, 1983). El significado que la jubilación vaya a tener para la mujer depende fundamentalmente de la importancia que el trabajo tenga para ella, siguiendo a Castaño y Martínez Benlloch (1990), podemos establecer tres situaciones posibles:

- Cuando la mujer es la cabeza de familia o trabaja por necesidad económica, la jubilación se afronta con angustia porque supone una reducción importante de los ingresos. No olvidemos que las mujeres suelen cobrar menos que los hombres (el sueldo medio de las mujeres en España durante 1998 equivalía al 76.5% del de los hombres, según el INE) y que las pensiones de jubilación se calculan sobre el sueldo.
- Cuando la mujer trabaja para "ayudar" a la economía familiar, la jubilación puede suponer aliviarse de la carga que supone esa segunda jornada laboral y esperarse con ilusión, siempre que los problemas económicos no vengán emparejados a ella.
- Cuando la mujer desarrolla un trabajo que le satisface, las pérdidas que supone la jubilación son similares a las del hombre:
 - Cambio en los elementos que estructura la vida,
 - Pérdida o disminución de las relaciones sociales
 - Pérdida de prestigio social
 - Aumento de tiempo libre
 - Disminución de la autonomía y de los espacios propios.

En cualquiera de las tres posibilidades, continúa haciéndose cargo de las tareas domésticas y, en mu-

chos casos, el cuidado de alguno de los miembros mayores de la familia. Esta situación lleva a afirmar a sociólogos como Moragas (1991) que la mujer jubilada no tiene un "rol sin rol", es más sus responsabilidades domésticas ocupan el tiempo que antes dedicaba al trabajo, y esto es bueno puesto que amortigua los efectos negativos de la jubilación. Sinceramente, yo tengo mis dudas.

Si aceptamos las tres fases propuestas por Atchley (1985) como orientativas de lo que puede ocurrir tras la jubilación, : Luna de miel (ocupación-actividad o descanso-tranquilidad). Estabilización (actividades rutinarias auto o etero impuestas). Desencanto-Reorientación (desencanto que requiere reorientación de la situación). Dependencia (afecta a pocos 5-7%, de sano a dependiente). ¿Dónde entra la jornada laboral doméstica?

La reorganización o reordenación de la propia vida al dejar el trabajo, la reapropiación de la vida que puede suponer la jubilación, conviven con la continuidad de responsabilidades domésticas y familiares. No hay necesariamente un plus de tiempo que dedicar a una misma, sus aficiones y sus proyectos. Lo que existe es una situación de actividad mantenida que es significativa socialmente mientras supone el cuidado de otros: los hijos que se independizan, los padres que se mueren... con lo que se pospone el sentimiento de vacío e inutilidad a edades más avanzadas.

Pero vamos a pararnos un momento y pensar a qué porcentaje real de la población femenina le afecta este problema.

Las mujeres somos el 52% de la población española en edad activa, es decir, la población con 16 años y más.

La tasa de actividad de ese 52% es del 39,11, lo cual significa que un 60,89% de las mujeres que tienen 16 y más años, no están disponibles para trabajar (datos tomados de la EPA del último trimestre de 1999).

En el último trimestre de 1999 la tasa de actividad en España era del 50,69, de ella sólo el 20,36 correspondía a mujeres, mientras que, de la tasa de paro que era de 15,43, el 9% correspondía a mujeres.

Por terminar con los datos, durante ese periodo, entre inactivas y paradas sumaban el 83,29% de las mujeres en edad activa (las mayores de 16 años).

Por otra parte, el grueso de las mujeres inactivas se sitúa entre los 25 y los 64 años, lo que nos indica que la mayor parte de las mujeres no se jubilan, simplemente llegan a la edad de jubilación.

Aunque es cierto que muchas mujeres trabajan en lo que se denomina economía sumergida y no aparecen en los datos de la EPA, también es cierto que esos trabajos no son estables ni suponen jubilación, son trabajos a tiempo parcial y precarios.

Qué es lo que quiero decir con esto, que la jubilación que más afecta a la vida de la mayoría de las mujeres hoy, y posiblemente mañana, no es la propia, sino la de la pareja.

Jubilación del cónyuge

Como hemos visto, según las estadísticas, la mayor parte de las mujeres dedican su tiempo fundamentalmente al hogar y la familia, pero cuando se acerca la edad de jubilación también aparecen problemas de identidad, cambio de roles e incremento de la incertidumbre. Un compañero a punto de jubilarse es una amenaza a la autonomía, a los espacios propios y la disponibilidad de tiempo libre.

Para muchas mujeres la perspectiva de pasar todo el día juntos en "su terreno" provoca ansiedad real por diferentes razones: En la mayoría de los casos, la pareja nunca ha convivido durante todo el día, salvo quizá en vacaciones; los intereses y la forma de organizar las actividades individuales, no suelen coincidir; etc.

El hombre se instala en casa y su asunción de tareas supone para la mujer la necesidad de reorganizar buena parte de su vida. Redistribuir las tareas, modificar los roles que se han desempeñado hasta entonces y construir una nueva forma de convivencia y distribución del tiempo y el poder. Hay que tener en cuenta que, la responsabilidad de la buena marcha de la vida doméstica sigue siendo de la mujer y que, aunque el hombre suele incorporarse a ciertas tareas, no lo hace como el aprendiz que acepta la guía y la mayor experiencia de quien domina el trabajo, sino introduciendo cambios e intentando aplicar sus criterios de eficacia.

Esta situación suele darse emparejada en el tiempo con la salida de los hijos del hogar familiar, con lo que una de las actividades fundamentales de las madres desaparece. En el momento actual, el cuidado de los nietos no sustituye al de los hijos en la mayor parte de los casos (índices bajos de natalidad y retraso en la edad de maternidad).

Por otra parte, la posibilidad de planificar actividades de ocio en pareja se ven condicionadas en muchos casos, por el cuidado de los padres mayores con lo que, tras la reorganización del ámbito doméstico, las mujeres sienten que han perdido autonomía

y espacio propio sin haber ganado tiempo de ocio compartido.

Cuando no se da el caso de tener que hacerse cargo de mayores dependientes, tras la reorganización personal y doméstica que supone la jubilación, se iniciaría una etapa en que el tiempo libre de obligaciones aumenta.

En cuanto al nivel de satisfacción vital que tienen las mujeres en esta etapa de sus vidas y cómo incrementarlo, sabemos poco todavía. Simplemente presentaré algunos datos:

Algunas investigaciones (Reeves, J.B. y Darville, R.L. 1994) indican que la satisfacción vital de las mujeres tras la edad de jubilación, se relaciona de forma importante con el mantenimiento de relaciones frecuentes con familiares y amigos.

En nuestro país, el 61% de las mujeres mayores de 65 años mantienen este tipo de contactos la mayor parte de los días, el 26% una o dos veces por semana y sólo el 1,6% no se relaciona nunca con familiares o amigos.

Otras investigaciones (Rowland, L.; Dickinson, E.J. y cols. 1994) indican que la incorporación a grupos de ejercicio físico y el mantenimiento de esta actividad mejora la transición a la jubilación en las mujeres.

En mi opinión, estos dos tipos de estudios pueden estar haciendo referencia a las mismas cuestiones:

Mantenimiento o iniciación de una actividad gratificante que, por su periodicidad, es un elemento de estructuración temporal.

Mantenimiento o iniciación de una actividad que supone relación social gratificante.

En el caso del ejercicio físico, recuperación de un espacio propio y dedicación de tiempo a una misma en una actividad que supone ganancia en satisfacción y autopercepción.

Ocio

En cuanto al ocio, sólo apuntaremos algunos datos que nos orienten sobre las actividades de ocio de las mujeres mayores de 65 años.

Tanto los hombres como las mujeres de más de 65 años son los que más ocio pasivo mantienen: Son los mayores consumidores de Televisión.

En cuanto a las mujeres, participan de forma mayoritaria en las actividades que se realizan en los hogares de jubilados (la proporción es de 3/1 aprox.).

En los últimos años, se está incrementando el porcentaje de jubilados que participan en asociaciones de voluntarios, asociaciones culturales y centros de aprendizaje para mayores; en estas actividades, cada vez es más numerosa la presencia de las mujeres, no sólo porque son más, sino porque su interés es mayor.

Por poner un ejemplo, en la Universidad para mayores que ha comenzado este curso en San Sebastián, el 65% de los matriculados son mujeres mayores de 55 años.